

EL VOLUNTARIO

La verdadera historia del
héroe de la resistencia que
se infiltró en Auschwitz



JACK FAIRWEATHER

Esta es la increíble historia real de Witold Pilecki, un héroe de la resistencia polaca que entró en Auschwitz voluntariamente para sabotear el campo desde dentro, para advertir a los Aliados sobre los planes de los nazis de llevar a cabo la Solución Final antes de que fuera demasiado tarde.

Pero recopilar información no era su única tarea. Durante los siguientes dos años y medio, Pilecki forjó un ejército clandestino dentro de Auschwitz que sabotó instalaciones, asesinó a informantes y oficiales nazis, y reunió pruebas de abusos terroríficos y asesinatos en masa, y se dio cuenta de que tendría que poner en riesgo a sus hombres, su vida y su familia para advertir a Occidente antes de que todo se perdiera. Hacerlo significaba intentar lo imposible: escapar de Auschwitz.

Completamente eliminado de cualquier registro histórico, Pilecki sigue siendo casi desconocido para el mundo. Ahora, con acceso exclusivo a diarios previamente ocultados, testimonios de supervivientes y archivos recientemente desclasificados, Jack Fairweather ofrece un documento inquebrantable de supervivencia, venganza y traición en la hora más oscura de la humanidad. Y al descubrir el trágico resultado de la misión de Pilecki, revela, asimismo, que su derrota final no se originó en Auschwitz o Berlín, sino en Londres y Washington.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El voluntario](#)

[Introducción](#)

[Nota sobre el texto](#)

[Primera parte](#)

[1. Invasión](#)

[2. Ocupación](#)

[3. Llegada](#)

[4. Supervivientes](#)

[5. Resistencia](#)

[6. Comando de bombarderos](#)

[Segunda parte](#)

[7. Radio](#)

[8. Experimentos](#)

[9. Cambios](#)

[10. Paraíso](#)

[11. Napoleon](#)

[Tercera parte](#)

[12. Plazo](#)

[13. Papeleo](#)

[14. Fiebre](#)

[15. Declaración](#)

[16. Fracaso](#)

[Cuarta parte](#)

[17. Impacto](#)

[18. Fuga](#)

[19. Solo](#)

[20. Levantamiento](#)

[21. Regreso](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Personajes](#)

[Lista de abreviaturas](#)

[Bibliografía selecta](#)

[Sobre el autor](#)

A Philip y Lynn Asquith por su apoyo,
y a mis abuelos Stella y Frank Ford

Mucho hace quien mucho ama.
Mucho hace quien hace bien lo que
hace.
Bien hace quien sirve a la comunidad
antes que a su voluntad.

TOMÁS DE KEMPIS

Introducción

Los camiones se detienen fuera con estruendo. Los gritos y los disparos se suceden. El portero del edificio llama a la puerta.

—¡Los alemanes están aquí! —grita—. Escóndase en el sótano o salga por el jardín de atrás^[1].

El hombre no se mueve de su sitio.

Es 19 de septiembre de 1940 y está amaneciendo en la Varsovia ocupada por los nazis. Los alemanes han invadido Polonia hace un año, sumiendo a Europa en la Segunda Guerra Mundial. Hitler todavía no ha formulado sus planes para aniquilar a los judíos. De momento tiene la intención de destruir Polonia eliminando a su clase profesional. El país está sufriendo un reinado de terror brutal. Miles de polacos —médicos, profesores, escritores, abogados, judíos y católicos— son arrancados de las calles para terminar acribillados a balazos o presos. En junio, los alemanes abren un nuevo campo de concentración donde recluyen a algunos prisioneros. Se llama Auschwitz. Poco se sabe de lo que ocurre dentro.

El hombre que está en el piso sabía de antemano que esa mañana habría una redada y que los detenidos serían enviados con seguridad a ese campo. Por eso está ahí. Su misión clandestina es infiltrarse en el campo, forjar células de resistencia y recabar pruebas de los crímenes nazis.

El portal se abre con estrépito y se oye ruido de botas en las escaleras. El hombre se está poniendo el abrigo cuando, en la habitación de enfrente, ve al niño de tres años que se ha puesto de pie en su cuna, con los ojos

abiertos de par en par. El osito de peluche se le ha caído al suelo. Los puños empiezan a aporrear la puerta. El hombre recoge rápidamente el oso y se lo da al niño mientras la madre deja entrar a los alemanes.

—Hasta pronto —le susurra el hombre al niño. Luego, contra el instinto que hubiera debido tener, se entrega al cautiverio^[2].

Witold Pilecki se ofreció voluntario para que lo encarcelaran en Auschwitz. Este somero bosquejo de una historia me embarcó en una búsqueda de cinco años para volver sobre los pasos de Witold Pilecki, que de ser un hacendado en la Polonia rural pasó a agente clandestino en la Varsovia ocupada, a mercancía humana en un vagón de ganado con destino al campo de concentración y luego a espía en el epicentro del peor de los infiernos nazis. He llegado a conocer bien a Witold. Y, sin embargo, me veo regresando a esta sencilla frase y al momento en que se quedó esperando a que los alemanes irrumpieran en su piso, mientras reflexiono en lo que su historia promete contarnos sobre nuestro propio tiempo.

La primera persona que me habló de la historia de Witold fue mi amigo Matt McAllester en un restaurante de Long Island en otoño de 2011. Matt y yo habíamos informado juntos de las guerras en Oriente Próximo y nos devanábamos los sesos para entender lo que habíamos presenciado. Con el arrojo que lo caracterizaba, Matt había viajado a Auschwitz para enfrentarse al peor de los males de la historia y allí supo de la existencia del grupo de combatientes de la resistencia que Witold encabezó en el campo de concentración. La idea de un puñado de almas alzándose contra los nazis nos reconfortó a ambos esa noche. Pero a mí me asombró igualmente lo poco que se sabía de la misión de Witold para alertar a Occidente de los crímenes nazis y crear un ejército clandestino que destruyera el campo.

Una parte de la imagen cobró nitidez un año más tarde, cuando el informe más extenso de Witold sobre el campo de concentración se tradujo al inglés. La historia de la aparición del informe era destacable en sí misma. El historiador polaco Józef Garliński logró acceder a un documento de la década de 1960 y descubrió que Witold había escrito en su informe todos los nombres en clave. Garliński consiguió descifrar fragmentos largos gracias a conjeturas y entrevistas con supervivientes y publicó la primera historia del movimiento de resistencia en el campo de concentración. Después, en 1991, Adam Cyra, investigador en el Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau, descubrió las memorias inéditas de Witold, un segundo informe y otros escritos dispersos que llevaban guardados en los archivos de Polonia desde 1948. Este material fue la clave para que se identificara a algunos de los colegas conspiradores de Witold.

El informe que leí en 2012 mostraba a Witold como un cronista exigente de su experiencia en Auschwitz, que escribía con una prosa cruda e imperiosa. Pero esto solo era un testimonio fragmentario y a veces distorsionado. No dejó por escrito episodios críticos por miedo a exponer a sus colegas al arresto, ocultó observaciones devastadoras y encuadró esmeradamente los acontecimientos para que se adecuaran a su público militar. Quedaron muchas preguntas en el tintero, a cual más crítica y esquiva: ¿Qué fue de las informaciones que recabó y por las cuales arriesgó su vida en Auschwitz? ¿Brindó información sobre el Holocausto a británicos y norteamericanos mucho antes de que estos reconocieran públicamente la importancia del campo? Si fue así, ¿por qué ocultaron sus informes? ¿Cuántas vidas habrían podido salvarse si sus advertencias no hubieran caído en saco roto?

Además, la historia suponía un reto personal para mí: yo tenía la misma edad que Witold cuando empezó la guerra y también una familia joven y un hogar. ¿Por qué lo arriesgaría todo Witold a una misión así? ¿Y por qué su altruismo

me interpelaba tan poderosamente? Reconocí en Witold el mismo desasosiego que me había llevado a mí a la guerra y me turbaba desde entonces. ¿Qué podía enseñarme Witold sobre mi lucha personal por conectar?

Volé a Varsovia en enero de 2016 para empezar a responder a estas preguntas. La primera persona a la que quise ver fue al hijo de Witold, Andrzej. Estaba nervioso antes de la reunión. A fin de cuentas, ¿quién era yo para arrojar luz sobre la historia de su padre? Andrzej era poco más que un niño cuando ejecutaron a Witold. Durante cincuenta años le habían dicho que su padre era un enemigo del Estado y, aunque él jamás lo creyera, solo descubrió todos los detalles de la misión de su padre en la década de 1990, cuando los archivos comunistas se desclasificaron.

Por supuesto, mis temores eran infundados. Andrzej era una persona encantadora y comprometida, aunque me advirtió: «No estoy seguro de qué más encontrará o por dónde debería empezar a buscar».

De manera que se lo dije: por usted.

Como se sabía tan poco del hombre, supe que cualquier detalle que Andrzej pudiera darme era importante. No podía describir los pensamientos de Witold más allá de lo que él había escrito —y de lo que personas como Andrzej pudieran contarme de su forma de pensar—. Me quedé sorprendido cuando descubrí la cantidad de gente que había conocido a Witold que seguía viva. Algunos no habían compartido nunca sus recuerdos con nadie, bien porque no se habían atrevido bajo el comunismo, bien porque nadie les había preguntado, sencillamente.

Aparte de recoger testimonios vivos, también quería recrear el viaje de Witold. La guerra había destruido muchos lugares, pero algunos seguían existiendo; ninguno era más importante para mí que el apartamento donde lo arrestaron. Ver estos lugares con mis propios ojos me ayudaría a

describir las escenas. Pero lo mejor fue cuando pude compartir la experiencia con testigos. Resultó que el niño de tres años del piso seguía vivo. Su nombre era Marek. Él y su madre, la cuñada de Witold, habían sobrevivido a la guerra, pero los comunistas terminaron expulsándolos de su casa. Lo llevé al piso por primera vez después de setenta años. La visita le trajo a la memoria el incidente del osito de peluche, que para mí hablaba con tanta elocuencia sobre la capacidad de Witold de trascenderse a sí mismo en un momento de extraordinario estrés.

Por supuesto, para escribir el libro sabía que iba a necesitar cientos, si no miles de detalles similares. Cuando visité el Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau, comprendí dónde iba a encontrarlos. El museo tiene más de 3500 testimonios de supervivientes del campo de concentración y cientos de ellos mencionan el trabajo de Witold o describen sucesos que él presenció. Muchos de dichos testimonios nunca se habían traducido ni publicado. Aquí estaba el material que necesitaba para estar más cerca de comprender a Witold, y eso es lo que quería después de todo: una forma de ahondar en su pensamiento y de empezar a responder a la pregunta de qué lo llevó a resistir.

Los estudiantes aprenden rápidamente que la historia del Holocausto no es solo una historia de millones de europeos inocentes asesinados, sino también del fracaso colectivo en reconocer su horror y actuar en consecuencia. Oficiales aliados lucharon por discernir la verdad y cuando se vieron confrontados a la realidad se detuvieron justo antes del salto moral necesario para la acción. Pero este no fue solo un fracaso político. Los prisioneros de Auschwitz también lucharon por imaginar el alcance del Holocausto mientras los alemanes transformaban el campo, que pasó de ser una cárcel brutal a una fábrica de muerte. También sucumbieron al impulso humano de ignorar, racionalizar o descar-

tar los asesinatos masivos como algo independiente de su lucha personal. Sin embargo, Witold no lo hizo. Al contrario, se jugó la vida para sacar a la luz los horrores del campo.

Durante mi investigación traté de comprender qué cualidades distinguían a Witold. Pero a medida que fui descubriendo otros escritos suyos y conocí a quienes lo habían conocido y, en algunos casos, habían luchado a su lado, comprendí que quizá lo más destacado de Witold Pilecki — este granjero padre de dos criaturas de treinta y tantos años sin un gran historial de servicio o de solidaridad— fue que, al estallar la guerra, no era tan diferente de ti o de mí. Este reconocimiento puso otra pregunta sobre la mesa: ¿qué llevó a este hombre aparentemente común a ampliar su capacidad moral para reconstruir los mayores crímenes nazis, nombrarlos y actuar en consecuencia mientras otros miraban hacia otro lado?

Ofrezco la historia de estas páginas como un nuevo capítulo provocador de la historia de Auschwitz y como un relato de por qué una persona es capaz de arriesgarlo todo para ayudar a sus semejantes.

CHARLOTTE, 2020

Nota sobre el texto

Esta es una obra de no ficción. Cada cita y detalle proceden de fuentes primarias, testimonios, recuerdos o entrevistas. La mayor parte de las más de dos mil fuentes primarias en las que se basa este libro están en polaco o alemán. Todas las traducciones corrieron a cargo de mis brillantes investigadoras, Marta Goljan, Katarzyna Chiżyńska, Luiza Walczuk e Ingrid Pufahl, a menos que se especifique lo contrario.

Existen dos fuentes acreditadas para entender la vida de Witold en el campo: el informe que compiló en Varsovia entre octubre de 1943 y junio de 1944 y las memorias escritas en Italia durante el verano y el otoño de 1945. Es sorprendente que tan pocos errores se colaran en sus relatos, habida cuenta de las circunstancias en las que escribía, a toda prisa y sin anotaciones. Pero Witold no es un narrador perfecto. Donde me ha sido posible, he procurado corroborar sus escritos, corregir sus errores y rellenar las lagunas. La colección de relatos de 3727 prisioneros del Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau fue una fuente esencial. Otros archivos con detalles y contextos importantes son el Archiwum Akt Nowych, el Archiwum Narodowe w Krakowie, el Centralne Archiwum Wojskowe, el Instytut Pamięci Narodowej, el Ossolineum, la Biblioteca Británica, el Instituto Polaco y Museo Sikorski, el Fondo de Estudio del Movimiento de Resistencia Polaco, los Archivos de las Crónicas de Terror del Instituto Witold, los Archivos Nacionales del Reino Unido en Kew, la Biblioteca Wiener, el Museo Imperial de la Guerra, los Archivos Nacionales de Washington

D. C., el Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos, la Biblioteca y Museo Presidencial de Franklin D. Roosevelt, la Institución Hoover, los Archivos Yad Vashem, los Archivos Sionistas Centrales, el Archivo Federal de Alemania en Coblenza y Berlín, los Archivos Federales Suizos, la Fundación Archivum Helveto-Polonicum y los Archivos del Comité Internacional de la Cruz Roja^[1].

Durante el curso de mi investigación, también tuve acceso a los documentos de la familia Pilecki y desenterré cartas y memorias que las familias de sus colaboradores cercanos habían guardado y arrojaban luz sobre sus decisiones. Los hijos de Witold, Andrzej y Zofia, se pasaron horas enteras compartiendo conmigo recuerdos de su padre. Para mi sorpresa, varias de las personas que combatieron con Witold seguían con vida cuando empecé a investigar y compartieron conmigo sus reflexiones.

Cuando escribía, me guió la misma norma de Witold para describir el campo: «No debe “exagerarse” nada; hasta la más nimia mentirijilla profanaría la memoria de aquella buena gente que perdió la vida allí». No siempre me fue posible encontrar diversas fuentes para algunas circunstancias, lo que se indica en las notas al final del documento. En otras ocasiones, he incluido detalles del campo que Witold sin duda presencié, pero que no menciona en sus informes. Cito las fuentes en las notas en el orden de aparición en cada párrafo. Cuando cito conversaciones, señalo la fuente de cada interlocutor una vez. En el caso de versiones contradictorias, he dado prioridad a los textos de Witold, a menos que indique lo contrario^[2].

Los nombres polacos son maravillosos y a veces su lectura es frustrante para un anglohablante. He usado nombres de pila o diminutivos para Witold y su círculo íntimo, lo cual refleja también cómo se hablaban entre ellos. También he procurado reducir el uso de acrónimos, y por eso me refiero al principal grupo en la clandestinidad en Varsovia como «la resistencia». Para los topónimos he conserva-

do los de antes de la guerra. Uso el nombre de Oświęcim para la ciudad y el de Auschwitz para el campo.